



J. Cebrían, dib. y lit.

Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

SANTA MARTA.

SANTA MARTA.

Astorga, ciudad episcopal del antiguo reino de Leon, ostenta la gloria de ser patria de la virgen Marta, registrando su nombre con legitimo orgullo en los anales de su historia, por mas que algunos criticos han pretendido disputársela.

Descendiente de una noble y rica familia, habia sido educada bajo la protectora égida de la religion cristiana; y sus divinas máximas hicieron brotar en el purisimo corazon de la casta doncella fecundos sentimientos de piedad, de caridad y de modestia, que idealizando su espiritu elevaron su alma á la esclusiva adoracion del verdadero Dios.

Corrian á la sazón los tristes dias de persecucion y de martirio para la iglesia, en los cuales alcanzaron la palma del martirio esforzadas mugeres que para eterna gloria de nuestra patria, dieron su vida con heróica abnegacion por la fé del Crucificado.

Gobernaba á nombre de los Césares en la romana Astúrica, Paterno, que ciego y frio ejecutor de los decretos imperiales nada respetaba, para descubrir á los cristianos, los cuales arrancados de sus hogares eran conducidos á los templos, donde se veneraban los falsos dioses del paganismo, para que les rindiesen adoracion.

Marta, la virtuosa virgen, la inocente cristiana, consagrada esclusivamente á Dios, á pesar de hallarse lejos del bullicio de la ciudad en su modesto retiro, fué señalada como una de las víctimas de Paterno y conducida á su presencia.

Con frases de artificioso interes pretendió el astuto romano sepa-

rarla de sus santas creencias, tratando de seducir su corazón con lisonjeras promesas; pero la santa virgen cuya fé estaba sostenida por una invencible fortaleza, rechazó las sugerencias y ofertas de Paterno, como correspondía á la enérgica fé cristiana de que se hallaba poseída.

El altivo prefecto creyéndose ajado en su alta dignidad, ocultó su furor reconcentrado con aparente templanza, y entregó la pura doncella á los verdugos, que la hicieron sufrir el horrible tormento del eculeo.

Los labios de la invicta confesora no exhalaban sin embargo un solo gemido de dolor, fija su vista en el cielo; y como á pesar del terrible tormento conservase la vida, fué arrojada en un estrecho y horrible calabozo, donde abandonada y espirante, esperaba Paterno que renunciase á su creencia.

Vano empeño: el martirio habia lacerado su cuerpo, pero nada era bastante á abatir la fortaleza de su espíritu.

Todavía el altivo romano intentó hacer una última prueba para atraerse aquella alma inquebrantable en su fé. Ofreció á Marta deslumbrantes riquezas, elevada gerarquía, curar cuidadosamente sus heridas, y hasta la promesa de enlazarla á su hijo; pero como todas las grandezas humanas son polvo miserable para quien ama, cree y espera en Dios, Marta rechazó indignada semejantes ofertas, que si podían satisfacer la vanidad de una muger, no alcanzaban ni siquiera á inclinar la aspiración de una mártir. Consagrada á Dios, en defensa de su fé debia morir.

Paterno, ciego por la soberbia, irritado por la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó que Marta fuese decapitada y arrojado su cuerpo á un lugar inmundo. Los verdugos cumplieron su horrible misión, y quedó consumado el martirio de la cristiana virgen, que celebra la Iglesia el 23 de Febrero.

La piedad de una notable matrona hizo extraer los venerandos restos de la mártir del lugar donde fueron arrojados, dándoles como justo tributo á su memoria digna, aunque modesta sepultura.

ELIA FLACILLA.

Hemos llegado por fortuna al día, en que fatigado el espíritu de narrar los horribles martirios de las Santas mugeres, que dieron con su sangre eterno testimonio de su creencia, repose complacido al enumerar las virtudes de otra célebre española, que ayudó con las incontrastables armas de la ternura, de la piedad y del amor, á conquistar para su imperial esposo el epíteto de «grande» con que le distingue la historia.

Concedida por Constantino, paz y seguridad á la Religion del Crucificado, cesaron los tormentos y persecuciones, pudiendo gozar la iglesia el fruto de su largo martirio; al ver agrupados bajo la blanca bandera de la fé, no solo á la mayor parte de los pueblos que entonces poblaban el mundo, sujetos á las poderosas armas romanas, sino también á algunos de los que saliendo de los bosques de la Germania, amenazaban destruir el orgulloso imperio.

Pero si el cristianismo triunfante cumplía de esta manera la civilizadora y santa misión que su divino autor le confiara, el pueblo que en su loco orgullo aspiraba á la dominación universal, sentía muy de cerca los rudos cantos de guerra de los hijos del Norte, que arrastrados providencialmente sobre Roma habian de cambiar la faz del mundo.

Corría, fecunda en graves acontecimientos para los descendientes de Rómulo, la segunda mitad del siglo IV de nuestra era. Graciano, joven apenas de diez y nueve años, ocupaba el trono imperial cuando